

## FINAL DE ANÁLISIS EN EL PSICOANÁLISIS DE NIÑOS

Oswaldo T. Frizzera\*

**H**ablar de final de análisis evoca una variedad de cuestiones difíciles de enumerar.

Final remite a fin y con ello hacia dónde nos dirigimos en la cura. También -y no menos importante- remite a comienzo. Comienzo y final marcan puntos de la temporalidad y es sobre la fenomenología de ellos que se ha de formalizar.

Es cierto que son frecuentes las presentaciones clínicas que se refieren a los comienzos del análisis, aún con sus obstáculos, que los que testimonian un final.

Obviamente esto es debido a que son más los comienzos que los finales. Desde esta perspectiva, final puede quedar en relación de oposición y articulación con el tema de la interrupción, de las interrupciones o impases y los interrogantes que estas generan.

Otra variable es la que hace poner en juego el término final con aquello de lo terminable e interminable de un recorrido analítico y que a Freud lo llevó a escribir ese artículo de renovada actualidad que se convierte en un pivote privilegiado de nuestras reflexiones.

La concepción de la cura no puede dejarse de lado a la hora de hablar de un final.

¿Qué nos hace considerar que alguien se ha curado? Es el gran interrogante. En este artículo la pregunta toma un giro específico ¿Cómo se termina el análisis de un **niño**? ¿Cuándo podemos considerarlo curado y que parámetros nos darán cuenta de ello?

Primero señalaré que si niñez y adolescencia son puestas en forma conjunta es porque más allá de su proximidad cronológica encontramos en sus dife-

rencias algo que las articula y aquello que las vincula es que ambos son momentos privilegiados del despertar, del despertar sexual. Se trata de tiempos de conmoción, de crisis de la representación del mundo.

La pubertad como momento más aceptado del despertar sexual, no es el primero. En la primera infancia se atraviesa un despertar y un acomodamiento frente a ello que no es banal a la hora del segundo. Ante la conmoción del segundo despertar el sujeto busca las marcas, los investimientos libidinales con los que contó en la primera vuelta edípica.

Lacan dice que la primera vuelta del despertar sexual deja al sujeto un título (un cheque) que recién podrá utilizar en la segunda. Sucede a veces que cuando el adolescente sale al mundo, sale al otro sexo, mete la mano en el bolsillo y no encuentra el título (cheque) o halla uno muy precario. Es decir, salir a la exogamia implica poner en juego los recursos que la familia le ha dado durante la primera infancia. Pero volvamos a la pregunta inicial: ¿Cuándo un niño está curado?

Una respuesta seguramente aceptada por todos es la que nos lleva a decir: cuando hay cambios, cuando hay soluciones. Otra respuesta que logra consenso es: que los síntomas terminen no es sinónimo inmediato de curación. La dimensión del fantasma, y el lugar que éste ocupa en la determinación del síntoma del sujeto nos aúna más allá de las diferencias.

El decir que un niño cambió nos pone frente al tener que dar cuenta del mecanismo que lo permitió. Si no se hace aparecer esto, un testimonio clínico puede asemejarse a esa publicidad para los que pierden el cabello, o para cualquier producto: antes y después. Y aquí es cuando las diferencias que asoman y se despliegan guardan estrecha relación con el marco teórico, con la teoría en la que cada analista se sostiene. Como dice Winnicott: *"Y me parece que la teoría que elaboré para mi propio uso, respecto de los fenómenos transicionales, afecta lo que oigo y veo, y lo que hago"*, (Winnicott, 1971).

Cada analista hará uso y a veces abuso de la teoría que lo lleva a dirigir el tratamiento, lo que incluye la noción de niño para el psicoanálisis, la conceptualización de la transferencia y como ésta se hace presente a la hora del comienzo y del final.

Aunque en forma breve lo ilustraré con la concepción de aquellos que sin duda han hecho marca en el psicoanálisis de niños. Señalaré las respuestas

que encontramos en el Juanito de Freud, como así también en Winnicott, Anna Freud y Melanie Klein.

Estos últimos -por supuesto- nos han dejado no sólo conceptualizaciones sino testimonios de análisis en donde sus pequeños pacientes despliegan las teorías de sus famosos analistas.

En Juanito, constituido como el niño mítico del psicoanálisis, Freud relaciona la resolución de la angustia y de la fobia (síntomas que preocupaban a su padre) con el cambio de la posición del pequeño en la estructura edípica.

La conocida fantasía del plomero por la que éste con unas tenazas le cambia el trasero por otro y luego ocurre lo mismo con el hace-pipí es considerada como muestra de la solución ingeniosa de la angustia de castración.

Subrayo entonces la articulación de la cura con el cambio de la posición del infantil sujeto que se evidencia en la fantasmática que ofrece muy diferente al momento de la emergencia de la angustia a la que le siguió el despliegue de la fobia. El final del análisis de Juanito es la rectificación fantasmática, es decir ocupar otro lugar.

Para Melanie Klein, la dirección de la cura toma otro rumbo. Hay en ella una insistencia en preparar al niño, en recubrirlo, podríamos decir, para protegerlo de la destructiva acción de la pulsión de muerte. El análisis evoluciona, camina en la medida en que se interpretan las ansiedades paranoide y depresiva, en la medida que se domina la pulsión de muerte a través de la introyección del objeto bueno. El trabajo del analista implica una apuesta que éste hace al amor para dominar al odio.

Es tal vez por esta propuesta que Klein marca más que otros la diferencia entre interrupción del proceso analítico y final. En el caso Richard ella insiste que el trabajo se interrumpió —lo cual va a poner en duda siempre que ello ocurra— el afianzamiento de las posiciones logradas. Su preocupación parece dirigida a las eventuales apariciones fantasmáticas de ansiedades profundas que atenten contra la integración del Yo. El tiempo y la insistencia traen una estabilidad de lo conquistado. Con ello se va a relacionar el final.

Winnicott, a su vez, busca pautas de final de análisis y ubica al odio como un parámetro para marcar un término. Pero su concepción se destaca de la kleiniana en tanto para él, el odio surge como un paso estructurante. Incluye la aparición del odio como un corte que podemos considerar indispensable

para marcar un desprendimiento de la fusión con la madre. En el *Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie)* tanto su escucha como su intervención apuntan en ese rumbo y para ello no sólo a la aparición del odio como elemento dado en el lenguaje: le interpreta a la Piggie, “te odio”, sino también a la creación de un objeto transicional.

Deseo señalar de Winnicott algo que si bien es común a todo analista de niños, él probablemente lo encarne y teorice más que nadie, al menos en los comienzos del psicoanálisis de niños; la importancia que le da al juego, a la creación y al fortalecimiento de esa zona intermedia que lo llevará a pensar el final en término de la capacidad del niño para convertir al mismo analista en otros personajes posibles; en convertirlo en objeto transicional.

En Anna Freud podemos escuchar su teoría final a través de la “niña del demonio”. Ella también busca el odio. Explicación que tratará de hacerle ver a la niña claramente el odio por su madre. Luego agregará que aunque se resistió primero, terminó por reconocerlo.

Pero A. Freud avanza en su conceptualización en un sentido diferente de los anteriores. Para ella un analista de niños debe educar y analizar. El analista ha de decidir qué parte de las tendencias sexuales infantiles han de ser rechazadas y cuántas han de ser admitidas para la satisfacción, inmediata, reservando un porcentaje para la sublimación.

El analista ocupa el lugar de los padres a quienes considera peligroso dejarles la decisión sobre la vida instintiva liberada. Por lo tanto un análisis concluiría cuando el niño alcance una identificación con el ideal del yo del analista.

Este muestreo por las teorías no ha tenido la intención de un detenimiento crítico frente a las mismas. La propuesta del recorrido es el conocimiento y reconocimiento de las fuentes que nutren y pueblan nuestra formación. Es decir el recuerdo de una historia que nos antecede y se hace presente aunque ya no sea bajo la forma de adhesiones absolutas.

Por mi parte, quiero agregar un testimonio de mi práctica con niños. Es más bien una anécdota breve y parcial; además es una anécdota antigua, de otro momento de mis conceptualizaciones o de las influencias por las que mi formación transcurría. Hoy me permito una relectura de la forma que el niño logró una solución a algo que no sólo le resultaba problemático en ese tiempo sino que de persistir constituiría un seguro problema en su vida posterior.

Recordé a Federico, un niño de siete años, que fue traído por su padre, a pedido del colegio. De una inteligencia vivaz, el pequeño comenzaba a mostrar dificultades en el aprendizaje y ya las tenía en el ámbito de socialización. Un cuaderno incompleto, su resistencia a cumplir con las tareas, contrastaban con un comportamiento que al maestro le llamaba la atención: le parecía raro. Cada vez que él preguntaba algo, Federico se apresuraba a responder, a levantar la mano o a superponerse con la palabra de sus compañeros, diciendo algo que nada tenía que ver con el tema que se hablaba. Daba respuestas de las que sus compañeros empezaban a burlarse mientras él se jactaba de una supuesta sabiduría. De las burlas a las peleas hubo un estrecho margen. Federico recibía piñas o empujones y además los devolvía. De una forma u otra, con malas notas, con provocaciones e infatuaciones se hacía pegar, castigar y de esa manera aislar. Al mismo tiempo el pegar, era la solución que su padre había encontrado frente al hijo, quien considerado travieso o terrible daba pocas muestras de importarle las consecuencias que ese proceder le traía. “A los golpes va a aprender”, pensaba el padre. Y sólo es a partir de la preocupación del maestro y del pedido del colegio, que incluye con desgano la posibilidad de que a su hijo le estaba pasando algo.

En mi primer encuentro con Federico había dejado a su disposición un canasto cargado de juguetes; mucho más cargado en ese entonces que el que coloco hoy. Animales, autos, pequeños muñecos alternaban con hojas, lápices, hilo y plastilina. El chico sacó todo sin detenerse en nada y de inmediato, no sin aire despectivo, me dijo: “No tenés tinta china”. “Con esto sólo no puedo hacer nada...”. Esta posición poco varió en los encuentros siguientes: si él no hacía cosas era por lo que yo no disponía. Se tornaba odiosamente en un niño exigente, fastidiado y fastidioso sin organizar juego alguno.

Pasaron otras cosas que hoy poco recuerdo. Tuve cada tanto entrevistas dificultosas con los padres y algún llamado del colegio. Pero lo interesante, para lo que nos ocupa, es lo que sucedió año y medio después.

Llegó a la sesión enterado que su padre había decidido suspender el tratamiento a fin del mes siguiente aduciendo motivos económicos. Trajo un juego que consistía en hacer TA-TE-TI embocando tres aros en tres vástagos en un recipiente lleno de agua. Me dijo entonces, que íbamos a tirar tres veces cada uno, es decir, apretar tres veces el botón.

Comenzamos y la cosa iba bien hasta que en un momento él apretó ocho veces. Se lo hice notar y sorprendido me dijo: “Salí”. Luego se quedó pensando y agregó: “Me quedé como pegado”. Seguimos el juego. Al rato se puso a

construir autitos con pedazos de cartón y plasticola. Sin darse cuenta dejó uno sobre la silla y luego se sentó encima. Le dije: “Otra vez te quedaste pegado”. Se sonrió y poniéndolo sobre la mesa lo arregló.

Obviamente mi relato implica ya una selección pues para mí recortan dos elementos importantes: el número 8 ya que no sólo era la cifra de su edad, sino también la cantidad de sesiones que tendríamos por delante antes de concluir y el significante **pegar** revelado por Federico en sus asociaciones verbales y de actos. El pegar tenía a esta altura una significación y un uso diferente. Podría ser ya otra cosa distinta a las de ofrecer-se él a ser golpeado-pegado.

Las preguntas que me hiciera en ese entonces, tales como si estaba en condiciones de finalizar o como hubiera seguido si el análisis continuaba, siguen vigentes. Lo cierto es que varias cosas que había traído Federico a su llegada no estaban iguales, habían cambiado. Su relación con el saber, más bien con lo que no sabía, para poder aprender y la relación con sus pares tuvo un giro que se hizo reconocible y significativo. Como suele suceder en los tratamientos con los chicos, la desaparición de sus síntomas dio lugar a un reacomodamiento de lo que él portaba, entre sus familiares, fundamentalmente entre sus padres. Uno de ellos (su padre) poco tiempo después de finalizado el análisis de Federico, me pidió entrevistas para “conversar sobre sus problemas”. Pero como antes decía, el cambio merece ser explicado. Aún pensado como una interrupción ese mes que trabajamos antes de concluir portó las marcas de un final. Ante el interrogante de cómo pudo producirse el cambio no vacilé en responder que se instaló el juego y con ello la posibilidad de una identificación lúdica que implica una desidentificación de una identificación que se **había convertido en alienante**. Así como el niño que le teme al médico puede abandonar gran parte del miedo cuando juega al doctor, cabe preguntarse si las identificaciones lúdicas no son una forma de escapar a cierto tipo de identificación de las que no se tiene conciencia y que son las verdaderamente molestas.

Octave Mannoni se interesó por el tema y estudió para ello la cuestión de las máscaras. Las máscaras, usadas por los llamados primitivos o las que se usan para el carnaval dejan siempre un escotoma, un enigma a la mirada del Otro. El que mira no sabe quién se oculta detrás; deja la posibilidad de lo no-sabido. La máscara tiene la gran ventaja que el que la usa se la puede sacar. El problema, la complicación resulta cuando el chico, para entender el tema en él, tiene la máscara pegada a su piel o tallada en ella y por lo tanto no se la puede sacar. En ese caso, la máscara se funde y confunde con su rostro y

allí no hay juego. Se ha producido una suerte de fusión con el personaje que no se puede sacar de encima.

Cuando la máscara y la piel coinciden no hay lugar para el actor. Federico sin saberlo, era una caricatura o la máscara de un sabelotodo. Estaba pegado a este personaje y lo único que lograba era hacerse pegar.

En la sesión de la que hablé, fue por la acción del juego que pudo aparecer un fallido o un acto sintomático y con él la posibilidad de algo que lo representaba. Apretando el botón más veces de las que correspondía él pudo decir: "Me quedé como pegado". El significante se había puesto en juego y con ello una historia familiar por la cual siempre era obturado el reconocimiento de lo que no-se sabía.

Sin entrar en la historia, deseo enfatizar el momento de pasaje, de cambio por el cual él deja de ser el objeto pegado o pegador, desidentificándose de la postura familiar especialmente encarnada por su padre, para ubicarse en otra posición. Federico comenzó a soportar las equivocaciones y a divertirse con los juegos.

El juego fue y es siempre un operador privilegiado en tanto es renuncia; en tanto a través del instrumento con el que se juega, se logra un representante del sujeto en ese movimiento de alineación-separación. Sin duda el juego, o el juguete elegido para ello, va a portar las marcas de una originalidad que entrama la historia familiar con la incipiente historia de su sexualidad infantil. Del apoyo en los objetos el chico pasará a representar y representarse en sus fantasmas.

El pegar había iniciado en Federico un camino de transformaciones y permutaciones posibles. Podrá condenarse, desplazarse, es decir seguir los efectos de una elaboración similar a la del trabajo del sueño. El lograr esto puede ser el final. El chico se podrá ir a jugar a otro lado.

Así la relación con el analista, el espacio de análisis le habrá servido para reconstruir una pantalla que le posibilite la relación con los otros y que le posibilitará las salidas posteriores cuando en la segunda vuelta de la sexualidad eche mano en su bolsillo para ver con qué recursos cuenta.

Es de esta forma que se podría pensar el final de análisis de un niño: la reconstrucción de una serie de juegos que no pudieron ser sancionados como tal por sus padres; la construcción de una serie de posibilidades de cifrar en el juego algo que es de otro orden hasta encontrar el representante de la representación que luego seguirá su camino.

Esta sería la especificidad del tratamiento con niños y de su final. De un tratamiento del cual seguramente el niño ya grande, como sucede con Juanito, nada recordará: la represión habrá producido sus efectos.

Sin embargo, si como se ha señalado, los paseos infantiles de Juanito por el zoológico de Shombrunn (bella fuente) se convirtieron luego en la tarea que Herber Graf (así era el nombre de Juanito) famoso director de orquesta hiciera en Hellbrunn (fuente límpida) el Trabajo habrá surtido sus efectos.

El ámbito analítico se habrá mostrado como el que favorecerá y aportará recursos para el inicio de elaboraciones de las cuales el sujeto luego dará cuenta en su vida, incluida o no la posibilidad de otro análisis.

*Primera versión: 16/09/2016*

*Aprobado: 11/11/2016*

## **Bibliografía**

Freud, Anna: (1927) *Psicoanálisis del niño*. Bs. As.: Hormé, 2º ed.1951.

Freud, S.: (1909) "Análisis de la fobia de un niño de cinco años". *Obras Completas*, Vol. X .Buenos Aires: Amorrortu, 1980.

Klein, M.: (1961) *Relato del psicoanálisis de un niño*. *Obras Completas*, Tomo 4. Buenos Aires: Paidós, 3ªed, 1990.

Mannoni, O.: (1969) "Ya lo sé, pero aún así...". En *La otra escena. Claves de lo imaginario*. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.

: (1988) "La desidentificación" (Capítulo 6). En *Un Intenso y Permanente Asombro*. Barcelona: Gedisa, 1989.

Winnicott, D. W.: (1971) *Realidad y Juego*. Buenos Aires: Gedisa, 1988.

: (1977) *Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie)*. Barcelona: Gedisa, 2ª reimpresión 2006.

## **Resumen**

A partir de la pregunta sobre cómo termina el análisis de un niño y qué parámetros nos darán cuenta de ello, el artículo rastrea los aporte teóricos de los

autores que han hecho marca en el psicoanálisis con niños. Se señalan las respuestas que encontramos en el “Juanito” de Freud, en el “Caso Richard” de Melanie Klein, en “The Piggie” de Winnicott y en la “Niña del Demonio” de Anna Freud.

Dicho recorrido nos permite realizar el conocimiento y reconocimiento de las fuentes que nutren y pueblan nuestra formación, ya que en la conceptualización de la cura no puede dejarse de lado a la hora de hablar de un final de análisis.

Se agrega luego el relato del análisis de un niño de siete años, Federico, quien presentaba dificultades en el aprendizaje y en el ámbito de la socialización.

El juego se convirtió en el hilo conductor que lo llevó a una identificación lúdica que implicó una desidentificación de una identificación que se había convertido en alienante.

Así la relación con el analista, el espacio del análisis le sirvió para construir una pantalla que le posibilite la relación con los otros.

**Palabras clave:** la cura psicoanalítica; final de análisis; juego; desidentificación.

### Summary

The article, using the question of how a child's psychoanalysis ends and what parameters we should take into account for it, examines theory contributions by landmark authors on children psychoanalysis. It points out to the answers we find in Freud's "Juanito" (Little John), Melanie Klein's "Richard's Case", Winnicott's "The Piggie" and Anna Freud's "The Devil's Girl".

Said path allows us knowledge and reconnaissance of the sources that nurture and make up our professional formation, due to the fact that the concept of "a cure" cannot be left out when talking about the "end" of therapy.

Then, it tells the story of a 7 year-old child's analysis, Federico, who showed learning and social disabilities or disfunctionalities.

By means of playing, a ludic identification took place that in turn implied an "unidentification" of an "identification" that had become virtually alienating.

Thus, the relationship with the therapist, and the analysis environment, allowed him to build a shield that led to relationships with other children.

**Key words:** the psychoanalytic cure; end of analysis; game; unidentification.

### **Résumé**

A partir de la question sur la manière de finir l'analyse d'un enfant et quels seront les paramètres qui nous permettront de nous en rendre compte, l'article recherche dans les aspects théoriques des auteurs qui ont été essentiels pour la psychanalyse d'enfants. On remarque les réponses trouvées chez le "Petit Jean" de Freud, dans le "Cas Richard" de Melanie Klein, dans "The Piggie" de Winnicott et la "Fille du Démon" de Anna Freud.

Ce parcours nous permet de connaître et reconnaître les sources qui nourrissent et qui peuplent notre formation, puisque la conceptualisation de la cure ne peut pas se laisser de côté à l'heure de parler de la fin de l'analyse.

A cela s'ajoute le rapport de l'analyse d'un enfant âgé de 7 ans, Frédéric qui présentait des problèmes d'apprentissage et de socialisation.

Le jeu est devenu un fil conducteur qui a mené l'enfant à une identification ludique ce qui a impliqué une désidentification d'une identification qui était devenu aliénante.

Ainsi, la relation avec l'analyste, l'espace de l'analyse lui a été utile pour construire un écran qui rendra possible pour lui les rapports avec les autres.

**Mots clés:** la cure psychanalytique; fin de l'analyse; jeu; désidentification.

**Oswaldo T. Frizzera**  
ofrizzera@gmail.com